




profanos y grafiteros

Ramón López Velarde a los treinta y dos años. Fotografía: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

# “La suave Patria” y los desfiguros de la realidad

José Francisco Conde Ortega



“LA IRONÍA ES EL PUDOR DE LA HUMANIDAD” escribe Jules Renard en su *Diario*. Y también es la sonrisa de la inteligencia. Éste puede ser el rasgo de carácter con el que Ramón López Velarde mira el mundo, y el que lo compromete a crear su peculiar alquimia verbal. Una manera de leerlo es atender a ese modo de decir la realidad del poeta jerezano. Él observó, sintió, escuchó, aguzó el olfato y tocó “el perímetro jovial de las mujeres”, y evadió nombrar las obviedades. Optó por traducir todas las sensaciones a partir de los “desfiguros de (su) corazón”. Y declaró su secreto: “Asistiré con una sonrisa depravada a las ineptitudes de la inepta cultura”.

En 1921, en el número 3 de la revista *El Maestro*, aparece “La suave Patria”, el poema mexicano que, probablemente, más haya soportado las veleidades de las circunstancias epocales en nuestro medio. Independientemente de su valor estético, ha sido justificación de un modo de hacer política; poema “cívico”; motivo de disputa entre lo “genuinamente nacional” y lo “universal”; bandera de capillas culturales; materia de estudios formales para entender el sinuoso camino de la poesía mexicana; oportunidad para salir del paso en festividades escolares, y hasta pretexto para aburridas tesis académicas. Todo lo ha soportado. El poema, a 95 años de su publicación, tiene una sorprendente actualidad. Una de las razones es esa amorosa ironía con la que ofrece su versión de una patria íntima y compartible.

En 1920 Ramón López Velarde está en crisis. Venustiano Carranza es asesinado; su secretario de Gobernación, Manuel Aguirre Berlanga, amigo y protector del poeta, es hecho prisionero y enloquece. El autor de *La sangre devota* se queda sin un trabajo que, si bien no ocupaba todos sus afanes, sí le permitió poner un despacho de abogados y cierta holgura. Por otro lado, una desilusión amorosa, y el hecho de que *Zozobra*, su segundo poemario, aparecido un año antes, no había sido comprendido por la crítica, lo habían sumido en la depresión. Se sentía aislado. Tal vez en mayor medida por el asunto de su libro. No le había gustado a Enrique González Martínez. Y José de Jesús Núñez y Domínguez expone un minucioso catálogo de objeciones a los poemas lopezvelardeanos que, curiosamente, y del mismo modo que ocurrió con los prologuistas de *Azul...*, de Darío, constituirían, para la crítica posterior, algunos de los mayores aciertos de esa poética tan personal e innovadora.

Al año siguiente, Álvaro Obregón, con el fin de la etapa armada de la Revolución, prepara los festejos del primer centenario de la consumación de la Independencia. Y como había llegado a la presidencia por medio de las armas, decide entonces institucionalizar la lucha revolucionaria. Todos los movimientos deberían desembocar en ella. La Revolución Mexicana se oficializa y se convierte en la institución que dará sentido y rumbo a nuestro país durante casi toda la vigésima centuria. Inteligente y hábil estrategia, supo —o intuyó— que el camino más seguro estaba en la educación. Y crea la Secretaría de Educación Pública, a instancias de José Vasconcelos, a la sazón rector de la Universidad Nacional. El filósofo oaxaqueño se hace cargo del nuevo proyecto. Intelectuales, artistas, científicos, pensadores, sin reticencias ideológicas, se unen a éste. Las nuevas generaciones de mexicanos serían educadas con una idea muy clara: la del nacionalismo revolucionario.

A despecho del manejo político y de las posteriores desviaciones, el proyecto vasconcelista era generoso. Abatir la ignorancia para generar la libertad de pensamiento fue el principio rector. El punto central de esta idea era enseñar a leer y poner, al alcance de todos, los libros. Y nace *El Maestro*, con un tiraje de 75 mil ejemplares que debían distribuirse por toda Hispanoamérica. Su director fue José Gorostiza. Y allí encuentra refugio, como redactor, Ramón López Velarde. Y allí publica los dos textos que son, a un tiempo, cuestionamiento de la realidad que comienza a gestarse y nostálgico adiós al tiempo que dejaba de ser llevándose las señales de la patria más íntima. En el primer número, en abril, aparece la prosa “Novedad de la patria”; en el tercero, en junio, el poema “La suave Patria”.

Álvaro Obregón, al institucionalizar la Revolución, da principio a una idea muy clara de país. Un discurso centrado en los beneficios que dejó esa lucha, y la prosperidad y justicia que habrían de tener todos los mexicanos es el pretexto, la justificación y la decadencia de las administraciones “emanadas de la Revolución”. Muy pronto llegaría el desengaño. Pero era un hombre inteligente. Lector de Vargas Vila y Julio Florez, parece que él mismo era un discreto versificador. Por lo mismo, pudo aprovechar la circunstancia que el destino le ofreció. Ramón López Velarde muere el 19 de junio, cuatro días después de cumplir 33 años. José Vasconcelos va al Castillo de Chapultepec para pedirle al presidente que costee las exequias del poeta. Le lleva el número de la revista donde aparece “La suave Patria”. Obregón no sabía quién era el poeta; pero un día después recita el poema como si lo hubiera leído muchas veces. Se hace el homenaje luctuoso. Y López Velarde y su poema se convierten, en ese momento, en parte fundamental del discurso institucionalizado de la Revolución Mexicana.

“La suave Patria” es un poema de madurez. En él se decantan los elementos de la poética lopezvelardeana: rigor formal, minuciosa laboriosidad, acervo léxico novedoso y abundante y la búsqueda de ritmos nuevos en el poema, sin alejarse de la tradición, pero explorando otras posibilidades. Su ardua metaforización lo lleva a concebir imágenes sorprendentes con base en

referentes de la realidad que nada tienen que ver con el canon. Además, su encuentro con el adjetivo, inopinado y exacto, lo llevan a construir un lenguaje poético casi secreto, al que se llega después de afanosos esfuerzos. Y, aun así, queda la sensación de que siempre falta algo; de que no se ha comprendido bien. No es oscuridad. Es exigencia. Y si bien anuncia la poesía moderna, el cauce por el que habrían de transitar, incluso cuestionándolo, los poetas vicesimicos, esa misma exigencia ha provocado, en muchos momentos, lecturas superficiales e incompletas, que no advirtieron esa amorosa ironía, a veces desencantada, que le confiere al poema ese tono tan singular.

El poema consta de 153 endecasílabos con rima consonante, alternada, o bien en pareados o tercetos monorrimos, distribuidos en 33 estrofas. Está dividido en cuatro partes: “Proemio”, “Primer acto”, “Intermedio” y “Segundo acto”. En él están presentes, para hablar de esa patria íntima —descubrimiento feliz del poeta, de acuerdo con José Gorostiza—, cuatro acontecimientos históricos: la Independencia, los treinta años del porfiriato, el fin de la fase armada de la Revolución y, como eje del discurso poético, la consumación de la conquista española. En ese 1921 se cumplía el cuarto centenario del fin del imperio azteca. Y el comienzo de la nacionalidad mexicana, ni azteca ni española: mestiza. Por eso, muy probablemente, el poeta decidió cantarlo todo en “épica sordina”. Y este oxímoron es la llave maestra de su impecable manejo de la ironía.

Una propuesta de lectura del poema es considerarlo como si fuera una ópera en cuatro movimientos. En ésta, el tenor, después de imitar “la gutural modulación del bajo” al principio de su primera aria, cantaría otras dos: la segunda en el tercer movimiento —el “Intermedio”—; la última, al final del cuarto movimiento —el “Segundo acto”— como una manera de cerrar el ciclo. Todo lo demás estaría expresado por un largo recitativo con abundantes frases melódicas. Esta intención de lectura permite advertir el desarrollo dramático del poema y su ritmo discursivo. Así, en las tres arias estaría comprendido el asunto central del poema: la elección del tono para cantar a la patria, el modo en que ésta

comenzó a configurarse y su estado en la actualidad del poema. Los recitativos explicarían las razones para el amor.

La representación operística comienza con un tópico para elegir el tono del poema. Son los seis primeros versos que, si bien remiten al *Ille ego qui quondam* virgiliano, el antecedente puede ser la oda primera de Anacreonte: “Yo cantara de Cadmo/ los Atridas dijera,/ mas suena amor solo/ de mi laúd las cuerdas”. Por eso el tenor imita la “gutural modulación del bajo” una sola vez, en el verso 12: “La patria es impecable y diamantina”. Los últimos versos de esta primera aria parecen remitir a Góngora, a la “culto sí, aunque bucólica, Talía”, porque el sustantivo “selva”, del mismo modo que el adjetivo “bucólica”, son cultismos léxicos que se refieren a lo natural en contraposición a lo artificial. Los largos recitativos del segundo y cuarto actos funcionan como una suerte de explicación. El emocionado inventario de los atributos físicos y espirituales de la patria es razón suficiente para amarla, aun con sus dolorosas contradicciones.

La segunda aria —tercer acto— es el “Intermedio”. Allí está contenido el reconocimiento de la patria a partir de su gestación, cuando el nopal prehispánico y el rosal español se unen. Con el “único héroe a la altura del arte” se derrumban sus mitologías; pero surge una nueva raza: la mestiza. Con una lengua, el español, matizada con la sensibilidad indígena. Es decir, se hablará español, pero español mexicano. Y con una religión también matizada. Los peninsulares se ufanan de ser cristianos viejos; los mexicanos, de ser católicos guadalupanos. Se funda una nueva patria que hay que redescubrir y reconocer. De ahí que, en el último acto, pareciera que una guerra de independencia, treinta años de paz porfiriana y la promesa de una revolución, incompleta pero ya institucionalizada, no habían sido suficientes para conformar una patria próspera, satisfecha y feliz. Sigue “viviendo de milagro, como la lotería” y se sigue vistiendo “de percal y de abalorio”.

Los últimos diez versos contienen una ironía desoladora. El tenor parece atemperar la voz al cantar su última aria. Gestada como es la patria, la fidelidad a sí misma es una clave, acaso de la dicha. Pero ¿habrán valido la pena tantos pesares de la historia? Hasta la gesta independentista parece ser una mala broma. El Ejército Trigarante, después del famoso abrazo, recorrió el país durante un año. Al “Plan de Iguala” siguieron otros tantos. En todos se le ofrecía el trono de México a Fernando VII. Agustín de Iturbide lo tomó para sí. Es decir, abandonada por la historia y sedienta de verdad, la fervientemente amada suave patria del poeta solamente podía ver, en esas tres garantías —religión, independencia, unión— dictadas por la premura de la historia, un trono que no aceptó “El Deseado” y que usurpó Iturbide y un montón de paja en los discursos, obligadamente celebratorios, de la gesta independentista. Un juguete y una carretada de frases huecas. Los desfiguros de la realidad en un poema para una patria íntima y rigurosamente amada; y cantada de la única manera posible: con honradez, sinceridad, altísima conciencia estética y una dolorosamente suave ironía.

Ciudad Nezahualcóyotl-UAM-A, verano de 2016 